

José Antonio Gainzarain

# LAGOS Y LAGUNAS DE ÁLAVA

**E**N Álava, donde los humedales son pocos y de pequeño tamaño, su presencia en el territorio a vista de pájaro pasa prácticamente desapercibida. Únicamente los grandes embalses del centro de la provincia se erigen en protagonistas del paisaje, mientras que en el resto de la geografía alavesa, las zonas húmedas puntean discretamente territorios cubiertos por bosques, matorrales o cultivos. Pero, pese a su modesta extensión, estos enclaves constituyen lugares privilegiados desde el punto de vista ambiental que, por una parte, acogen comunidades biológicas de gran originalidad y, por otra, añaden un singular valor estético al entorno en el que se ubican.



■ Laguna de Carralogoño en Laguardia



Instituto Alavés de la Naturaleza  
Arabako Natur Institutua

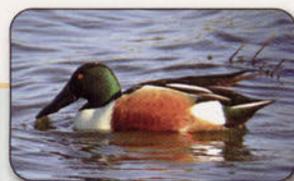


**José Antonio Gainzarain** (Vitoria-Gasteiz, 1968), biólogo de formación, es miembro del Instituto Alavés de la Naturaleza, asociación en cuyo seno se ha dedicado fundamentalmente al

estudio de las aves y, en los últimos años, también de las libélulas. Ha publicado varios artículos científicos y divulgativos sobre el tema, y es asimismo autor del libro *Atlas de las aves invernantes de Álava (2002-2005)*, editado por la Diputación Foral de Álava. Ha coordinado varios censos de aves en Álava promovidos por la Sociedad Española de Ornitología (SEO/BirdLife), y en la actualidad es coordinador en el País Vasco del programa SACRE (Seguimiento de Aves Comunes Reproductoras en España).



■ Cópula de caballitos del diablo *Enallagma cyathigerum*



■ Pato cuchara



■ Somormujo lavanco

Las zonas húmedas alavesas de cierta extensión casi se pueden contar con los dedos de una mano: el lago de Arreo, las lagunas de Laguardia (destacables por ser las lagunas endorreicas más septentrionales de la península), Lacorzana, Navaridas, Olandina y Vicuña, el humedal de Salburua y poco más. Son lugares que en buena parte se encuentran protegidos y que incluso se han recuperado recientemente tras su desecación, caso de Lacorzana o Salburua.

Los humedales de origen artificial son más numerosos, y muchos de ellos albergan también impor-

■ Balsa de El Prado, en Laguardia



tantes valores naturales. Sobresalen en primer lugar los grandes embalses, que destacan –sobre todo Uribarri Ganboa, y en menor medida Urrunaga– por las cuantiosas poblaciones de aves acuáticas que albergan. Muchas de las numerosas balsas de riego que en las últimas décadas han sido construidas en las comarcas agrícolas de la provincia van naturalizándose y acogiendo comunidades biológicas de interés. Y existen además una serie de pequeñas balsas artificiales de origen diverso, como por ejemplo la de Bitoriano en Zuia, Iturbaz en la sierra de Entzia, o Laño en Treviño, bien integradas en el paisaje y que merece la pena conocer.

Desde los tiempos no lejanos en que estos lugares eran considerados como espacios improductivos e insalubres, se ha avanzado enormemente en la consideración social de las zonas húmedas. La concienciación acerca de su valor ecológico y paisajístico va calando en la sociedad y su futuro parece cada vez más asegurado. Pero esto no quiere decir que estén libres de amenazas, entre las que destaca sin duda la escasez de agua por el previsible aumento de los periodos de sequía debido al cambio climático. También la introducción y expansión de especies foráneas como diversos peces exóticos, galápagos, mejillón cebra, etc. tiene consecuencias funestas para la flora y fauna de estos enclaves. Es de destacar asimismo que las zonas húmedas no son en modo alguno ecosistemas cerrados, y que por tanto se resienten de lo que sucede en su entorno: empleo de fertilizantes y pesticidas, destrucción de la vegetación natural, movimientos de tierras, construcción de infraestructuras, etc.

Más allá de los humedales más extensos, las numerosas charcas y pequeñas turberas que salpican nuestra geografía siguen siendo contaminadas, utilizadas como escombreras o pisoteadas por el ganado, cuando no revestidas de cemento o directamente rellenadas, sin que la importancia que tienen para algunos grupos animales como los anfibios o diversos invertebrados sea tenida en cuenta. La apreciación por parte de la sociedad del valor y la belleza, no sólo de las concentraciones de aves acuáticas que acogen grandes humedales como Salburua o los embalses, sino también de la infinidad de pequeñas formas de vida que encuentran su hogar hasta en la charca más humilde, resulta un paso necesario para garantizar su futuro.

Con el objetivo de dar a conocer alguno de estos lugares proponemos a continuación un par de itinerarios muy sencillos.

## HUMEDALES RAMSAR EN ÁLAVA

La Convención sobre los Humedales de Importancia Internacional, llamada Convención de Ramsar por el nombre de la ciudad iraní en la que se firmó en 1971, es un tratado intergubernamental suscrito por 159 estados en pro de la conservación y el uso racional de los humedales y sus recursos.

Para el cumplimiento de este objetivo se estableció una Lista Ramsar de Humedales de Importancia Internacional, que se ha ido ampliando con el tiempo y de la que hoy día forman parte un total de 1886 enclaves.

Las zonas húmedas alavesas incluidas en este listado de humedales de importancia internacional son las siguientes (se incluye su extensión entre paréntesis):

- Colas del embalse de Uribarri Ganboa (397 ha)
- Lago de Caicedo-Yuso y salinas de Añana (26 ha)
- Lagunas de Laguardia (45 ha)
- Salburua (174 ha)

Las rías de Urdaibai, en Bizkaia, y Txingudi, en Gipuzkoa, completan la relación de humedales Ramsar en la Comunidad Autónoma Vasca, mientras que en Navarra son sitios Ramsar la laguna de Las Cañas, en Viana, y la de Pitillas

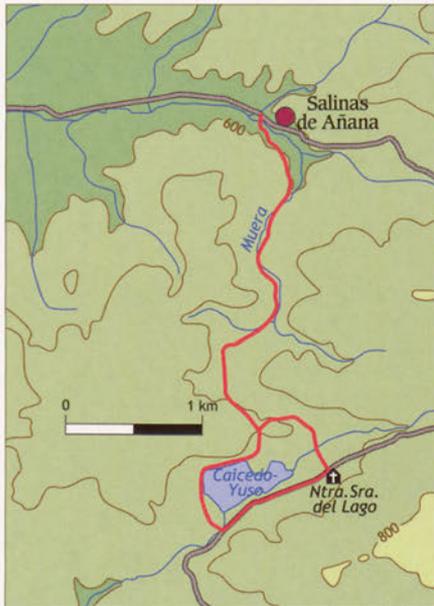
### ■ Embalse de Ullibarri



Fotos: José Antonio Gainzarain

### ■ Lago de Arreo





■ Balsa de Las Rozas en Quintana

## ITINERARIO 1: EL VALLE SALADO Y EL LAGO DE CAICEDO-YUSO

Conoceremos a través de esta ruta los humedales asociados al diapiro de Añana, cuyos manantiales salinos han dado lugar a un secular sistema de aprovechamiento de la sal a través de las más de cinco mil eras situadas junto a la localidad de Salinas de Añana. Y asimismo, una chimenea salina es el origen del lago de Arreo o Caicedo-Yuso, que de las dos maneras se denomina este humedal según hagamos referencia al pueblo más cercano o a aquel en cuyos terrenos se ubica.

Visitaremos estos enclaves aprovechando el trazado del recorrido autoguiado que a través de diez paneles explica con claridad los principales aspectos geológicos, biológicos y culturales de la zona. El itinerario parte de Salinas de Añana, donde podemos aparcar en la amplia explanada que hay a la salida del pueblo llegando desde Pobes, poco después de la iglesia de Santa María de Villacones. Desde allí subimos unos pocos metros por la carretera y al poco encontramos las indicaciones que nos llevan a tomar un sendero a la derecha. A partir de aquí seguiremos las marcas del GR-1, las del itinerario autoguiado y las de una ruta BTT.

Vadeamos enseguida el río Muera o Terrazos, que procede del Valle Salado, algo que podemos comprobar si nos mojamos los labios en sus aguas. Ya en la otra orilla, comenzamos a ascender a través de unas laderas cubiertas con un matorral de aulagas y rosales silvestres, con vistas a nuestra izquierda del pueblo sobre las eras de sal, con el picacho de Peña Primera al fondo.

Según vamos ganando altura encontramos un par de cruces y bifurcaciones, pero las marcas del GR-1 no dejan lugar a dudas sobre el camino a seguir. La magnífica panorámica sobre el Valle Salado acapara nuestra atención, mientras que los paneles explicativos van ofreciéndonos información sobre la geología del entorno, en el que alternan rocas de naturaleza muy variada: ofitas, carnioles, yesos y arcillas versicolores. A medida que ascendemos, los árboles van ganando protagonismo en el paisaje y la variedad botánica se suma a la geológica, ya que en las laderas alternan rodales de pino silvestre, de encina y de quejigo.

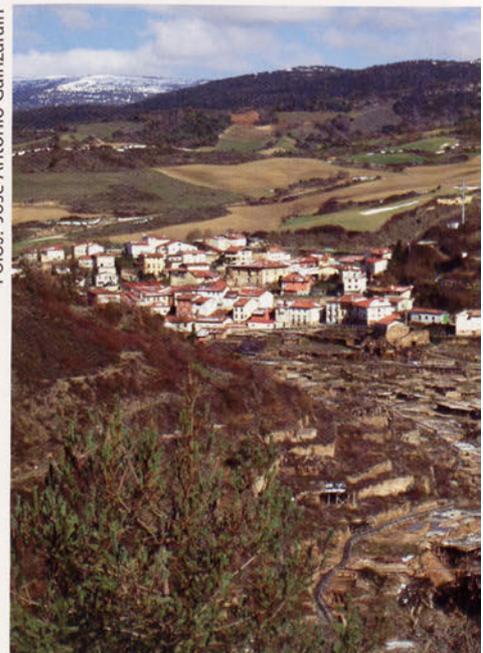
Una vez que dejamos atrás las salinas, seguimos remontando el barranco y pronto llegamos a una zona más llana, en la que predominan las fincas de cereal. En ellas, si hemos madrugado y vamos en silencio, no es extraño sorprender a algún ejemplar de corzo. Pronto alcanzamos un collado por el que cruza una línea eléctrica, y en el que destacan algunos pies juveniles de roble tocorno o marrojo. Ha finalizado la parte ascendente de la excursión y ahora comenzamos a bajar suavemente hacia la cuenca del lago. El cambio de orientación se refleja en la vegetación, dominada ahora por las encinas, árboles que indican condiciones de cierta sequedad y que en la zona caracterizan a las soleadas laderas orientadas al sur. Seguimos de frente tras atravesar una pista asfaltada y penetramos en un bosque mixto de encinas, quejigos y marrojos, en un claro del cual avistamos por vez primera las aguas del lago de Caicedo-Yuso.

Continuamos bordeando el lago sobre su orilla sur por un estrecho sendero. La cerrada vegetación del encinar nos impide ver el lago salvo en algunos tramos que nos ofrecen vistas panorámicas de la masa de agua, en la que es habitual ver nadar a diversas aves acuáticas como fochas, azulones y zampullines. Tras atravesar el bosque, bajamos a la orilla occidental y bordeamos por el linde de una finca el carrizal, para salir pronto a un camino entre cultivos que va a dar a la pista asfaltada que se dirige al pueblo de Arreo, visible al fondo.

Debemos seguir esta pista en dirección a Arreo, abandonando el GR-1, que en sentido opuesto nos llevaría a la localidad de Fontecha, a orillas del Ebro. A nuestra derecha se extiende, ahora sin obstáculos para su contemplación, el extenso cinturón de plantas acuáticas que rodea el lago, compuesto sobre todo por carrizos, masiegas y espadañas.

Llegamos poco después a las inmediaciones de la pequeña ermita de Nuestra Señora del Lago, que posiblemente se asienta en la antigua ubicación del desaparecido poblado de Lagos. En este punto tomamos la pista a la izquierda por la que completaremos la vuelta al humedal, visible ahora con el anfiteatro rocoso del Recuenco, en los montes Obarenes, al fondo. A los diez minutos volveremos a un cruce de caminos que nos debería resultar conocido, ya que es el punto en el que comenzamos a rodear el lago. Desde aquí retomamos las señales de GR hacia la derecha para desandar el camino por el que vinimos desde Salinas y terminar así la excursión (9 km / 2h 45).

Fotos: José Antonio Gainzarain



■ Panorámica del Valle Salado en Salinas de Añana



■ Balsa de Las Huertas en Quintana

nuevo cruce. Aquí tenemos dos opciones: continuar de frente por la senda Arrieros, o torcer hacia la izquierda por la senda Marizurieta. Aunque después tengamos que volver sobre nuestros pasos y regresar a este punto, nosotros proponemos ir hacia la izquierda durante un kilómetro, con el fin de conocer dos nuevas balsas de la zona: la del Raso de los Espinos y la del Raso.

Así pues, yendo en dirección Marquínez, volvemos a entrar

en el marojal y a los 200 m entrevemos a través del arbolado la charca del Raso de los Espinos, rodeada de sauces y chopos y de aguas muy someras, de modo que se suele secar en verano. Más adelante, tras pasar junto al refugio de cazadores llamado "Amigos del jabalí", aparece a nuestra derecha la balsa del Raso. De pequeño tamaño y originada por un represamiento en el arroyo Arizulo, se halla no obstante muy naturalizada e integrada en el paisaje, con un interesante cinturón de carrizos y espadañas en el que se refugian aves acuáticas como la gallineta o el rascón.

Nuestra ruta da aquí media vuelta para retomar la senda Arrieros en dirección a Quintana. No obstante, los más animados pueden continuar un trecho en dirección a Marquínez, y así podrán disfrutar de un sector del marojal muy bien conservado, con árboles de gran porte, donde existe la posibilidad de observar a la especie de ave más emblemática del Parque: el pico mediano. Además, a unos 20 minutos de la charca del Raso, se cruza el arroyo Arizulo en una zona en la que éste se halla flanqueado por numerosas turberitas. Estos enclaves encharcados, tan modestos en su apariencia como valiosos por las especies vegetales que acogen, constituyen uno de los tesoros naturales de Izki y en ellos crecen plantas muy amenazadas, incluyendo algunas especies carnívoras.

Ya sea desde este punto o desde la charca del Raso, volviendo sobre nuestros pasos llegaremos de nuevo al cruce de caminos entre cultivos en el que ahora seguiremos la senda Arrieros, primero por el linde entre el marojal y las fincas cultivadas, y luego a través del bosque. Continuando por el camino principal llegamos a un cruce en un claro, donde hay que torcer hacia la derecha, dirección Quintana. El recorrido bordea ahora una plantación de pinos negrales y abetos de Douglas para poco después llegar al hermoso paraje donde se sitúa la balsa de Las Rozas. Este humedal presenta una exuberante vegetación acuática y acoge una rica comunidad faunística, en la que destacan varias especies de aves acuáticas, pero también anfibios como la escasa rana ágil y numerosos invertebrados.

Dejamos atrás la balsa de Las Rozas y, tras atravesar una barrera metálica, salimos a los campos cultivados de Quintana. Poco después, junto al desvío que se dirige al magnífico edificio de la venta de Quintana, llegamos a un cruce en el que las indicaciones nos dirigen a la derecha, hacia Urturi. Por allí deberemos encaminarnos, no sin antes haber avanzado unas decenas de metros para asomarnos al quinto humedal de nuestro recorrido: la pequeña balsa de Las Huertas, de forma triangular y rodeada de un cinturón de espadañas y sauces.

Una vez localizada esta última balsa, retrocedemos unos metros para cruzar la barrera metálica situada al principio del camino a Urturi (senda El Paseo) y recorremos a la sombra del marojal los dos kilómetros que nos separan del pueblo donde iniciamos el itinerario (8,5 km / 2h 30). □



MAPAS NONDOK

## ITINERARIO 2: BALSAS DEL SUR DE IZKI

El Parque Natural de Izki se sitúa en el sureste de Álava, en la comarca de la Montaña Alavesa. Declarado como tal en 1998, cuenta con más de 9.000 ha de extensión, y en su interior sólo existe un núcleo habitado: el pueblecito de Corres. Se trata de una gran depresión de sustrato arenoso rodeada de montañas calizas y cubierta en su mayor parte por un extenso marojal.

Con este itinerario pretendemos dar a conocer algunos de los pequeños humedales de Izki. Aunque de reducida extensión y origen frecuentemente artificial, albergan valores naturales muy destacables, y su visita puede hacernos disfrutar de un espléndido día de campo.

Comenzamos el recorrido en el pueblo de Urturi, por cuya calle principal subimos en dirección al campo de golf. En el desvío continuamos de frente y enseguida llegamos al primer humedal de la ruta: la balsa del Espinal. Enclavada justo en el límite del campo de golf, se trata de la zona húmeda más extensa del Parque y es también la que presenta un mayor atractivo para las aves acuáticas. Fochas, zampullines, somormujos, azulones, cormoranes y garzas son sus visitantes habituales, y a ellos se suman en invierno otras especies como porrones, cercetas y patos cuchara.

En el dique de la balsa el camino gira a la derecha y, tras pasar junto a unos grandes pies de pino silvestre y ciprés de Lawson, tuerce nuevamente a la izquierda, siguiendo las marcas amarillas de la red de sendas del Parque, que nos servirán de referencia durante toda la excursión. En este cruce nos encontramos con el primer rodal de marojos, bajo los cuales crece un matorral espinoso de argomas y algunos acebos. Poco después el camino discurre a través de campos de cultivo, con las cimas de San Justo y San Cristóbal al fondo, y pronto llega a un

